



Metempsicosis

Javier López Alós

Si todos estos contrarios no se engendraran recíprocamente, girando, por así decirlo, en un círculo, y si no hubiera producción directa del uno al otro contrario, sin vuelta de este último al primero que lo había producido, verías que al final tendrían todas las cosas la misma figura, serían de la misma hechura y, por último, cesarían de nacer.

PLATÓN, *Fedón o de la inmortalidad del Alma*, 72a.

Sé que estas señas son insuficientes, pero no recuerdo más. En la zona más al sur del barrio del Brooklyn, entre una tienda de comics y un estanco, justo enfrente de una parada de autobús, hay una lavandería que se llama “Metemphycosis”.

Durante el año que viví en Nueva York aprendí muchas cosas que todavía hoy me sirven. Una de ellas, tal vez de las más prácticas, es a pasear por la ciudad sin que importen los semáforos, sin que la noche amenace ni los peligros aconsejen cambiar de acera o no doblar aquella esquina.

Padezco de insomnio desde los quince o dieciséis años. Me gustaría poder atribuirlo, le daría alguna dignidad, a cierta lectura impactante, qué sé yo, de Baudelaire, de Vallejo o de Lutero... pero mentiría. Tampoco fueron las visiones del Bosco o los últimos cuartetos de Beethoven. Todo eso llegaría más tarde. El caso es que, nunca he sabido por qué, desde que era un muchacho duermo poco y mal. Conozco personas que tienen el mismo problema, pero que son capaces de adaptarse: ven la televisión, escuchan la radio, leen, estudian idiomas. Otros, sin embargo, solemos caer en la ansiedad o en la desesperación y nos negamos a aceptarlo. Como mucho, contemplamos la posibilidad de caminar, es decir, preferimos convertirnos en zombis.

Lo que a este respecto me ofreció Nueva York –vengo de un pueblo pequeño– fue el poder andar y andar sin miedo a salir de sus límites, una vigilia sin la monotonía previsible de las tres calles de siempre, con sus mismos ladridos enojosos y el saludo sin ganas al par de operarios de limpieza.



Sucedío un cuatro de julio. Yo no lo sabía, o no lo tenía presente, pero el caso es que se conmemoraba el Día de la Independencia nacional de los Estados Unidos de América: celebraciones, música, desfiles... fue una jornada insoportable, especialmente tensa para mí, que no soporto las aglomeraciones, de manera que, al llegar la noche, ni siquiera me metí en la cama: estuve escribiendo hasta la una y luego salí a la calle. Andar durante horas por una ciudad desconocida y sin ninguna dirección concreta genera una sensación de pesarosa libertad, porque es la libertad del que se sabe solitario, y ser libre mientras se está solo no es vivido nunca como un triunfo. Y, a las tres de la mañana, la mayoría de la gente con la que te cruzas por la calle, más todavía aquéllos que como tú andan sin prisa, suelen ir solos. Pero resultaba curioso aquella fecha pensar en el contraste de esas calles abarrotadas durante el día, y sus banderitas ondeantes y las serpentinas ahora por los suelos, con noctámbulos de aspecto triste dispersos entre horas y cafés.

A veces, como había visto en las películas, entraba a descansar en cualquiera de esas lavanderías automatizadas abiertas durante toda la noche, en las que uno se podía sentar a tomar un refresco mientras miraba en silencio como giraban los tambores e iba haciendo de día. De cuando en cuando alguien entraba a poner o a recoger su ropa o a ver girar el mundo en una máquina y pasaban cosas: una confidencia, un cigarro, incluso un rato de amor. Pero esa noche, la del cuatro de julio, perdido por el sur de Brooklyn vi un cartel que anunciaba LAUNDRY-METEMPSHICOSIS y, a pesar del calor y de que había estado sentado veinte minutos en un banco cercano, la curiosidad me llamó y no tuve más remedio que entrar.

Era una lavandería como cualquier otra. Sus máquinas, sus asientos y sus expendedores de bebidas y golosinas. Vacía igual que uno piensa el mundo a las cuatro de la mañana. ¿Qué tendría que ver la transmigración de las almas con una lavandería? Me sentí decepcionado: ni un retrato de Platón ni una discreta referencia al saber pitagórico. Nada. Apenas los círculos concéntricos cargados de agua, prendas y jabón inscritos en los aparatos rectangulares. Pero ni siquiera se puede decir que eso sea geometría. Por más que observaba las formas del establecimiento no conseguía



conectarlas con el principio de la metempsícosis y empecé a sentirme entre abrumado y disgustado conmigo mismo. Recordaba las clases de don Fernando sobre Platón y me reprochaba no haber estado más atento y, sobre todo, no haberle hecho caso y estudiado matemáticas, que es el modo natural de entender al filósofo de Atenas y, acaso, no lo sé, no estoy en disposición, el camino más corto para hacer filosofía.

En estas me hallaba cuando entró un hombre en el local. No llevaba ninguna bolsa, así que lo tomé por otro ocioso o un insomne. Parecía, no obstante, muy concentrado en algo; dio una vuelta a toda la lavandería, examinando los aparatos. Luego repitió la operación en sentido inverso. Diría que ni me vio. Más bien, que no le importó si me veía o no, o si yo le veía. Iba a hacer algo demasiado importante como para cohibirse por mi presencia. Se dirigió a una lavadora vacía, se quitó la camisa y la introdujo con cuidado. Después los pantalones y se quedó en ropa interior. Estaba de espaldas y no pude verlo bien, pero juraría que acercó la mano al pecho, de ahí extrajo algo con dolor y lo metió en un bolsillo del pantalón. Luego todo fue a la lavadora y ésta se puso en marcha. Cuando el hombre se dio la vuelta no había ninguna marca en su pecho, pero sí una mirada de lo más inexpresiva. Cinco minutos después, abrió la portezuela de la lavadora contigua a la suya: sacó unos pantalones y se los puso, aunque le quedaban un poco largos, extrajo algo del bolsillo derecho y se lo incrustó en el pecho y, tras abotonarse la camisa y calzarse los zapatos se fue sonriendo con un “buenas noches”.

Apenas hubo salido el individuo, la lavadora que él había programado empezó a centrifugar y a secar. Ésta era mi parte preferida del proceso, con toda su fuerza hipnótica, como si todas las cosas malas de la vida pudieran arrojarse con el impulso del movimiento y el cambio. Tan embebido estaba en el espectáculo esférico de la purificación que seguí varios minutos frente al tambor cuando ya había terminado y una voz amablemente me inquirió: “Could you let me...?” “Claro, disculpe”, contesté apartándome con torpeza y dejando paso a otro hombre que venía a recoger la ropa del anterior, igual que el anterior se había llevado la de otro y no la suya. Y, como su compañero, se desvistió, llevó de sí a un bolsillo... y de los pantalones recién lavados



buscó no sé qué que pareció meter en el pecho sin dejar rastro, se arregló y se marchó sin decir nada.

Cuando esa lavadora paró no había nadie. Esperé unos minutos y no pude vencer la tentación. La abrí y escarbé el contenido de los bolsillos, pero en ellos no había absolutamente nada. Vacié el tambor por completo, pensando si podía haberse salido. Escudriñé su interior en vano. Abrí las otras máquinas por si me había equivocado. Todas tenían el mismo contenido: una camisa y un pantalón y en el pantalón los bolsillos estaban vacíos. Cuando me quise dar cuenta toda la ropa estaba tirada por el suelo y yo fuera de mí. Buscaba sin saber qué buscaba, desesperado. A mis espaldas la puerta se abrió y unos primeros pasos pronto se pararon. Me apresuré a pensar palabras de disculpa por el perjuicio causado, a inventar una excusa que aclarara que no era ningún vándalo o algo por el estilo, que sólo había entrado allí por la curiosidad del nombre “Metemphycosis” aplicado a una lavandería...

- No es tan difícil de entender. ¿Cuántas veces le tengo que decir que el alma no es corpórea?- me espetó don Fernando mientras metía a toda prisa un gran mantel y servilletas con lo que parecían restos de habas en una de las máquinas.

- Pero, don Fernando, ¿usted también...

- Anda, váyase a dormir, que la falta de sueño hace imaginar cosas muy raras.